



LA HOJA

PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

Página sagrada

Al verlos, dijoles: ¡Id y presentaos a los sacerdotes!

(Evangelio de S. Lucas, XVII, 14)

Esto manda el Salvador del mundo a diez leprosos que vienen a implorar su clemencia y auxilio para sanar de la vergonzosa y mortal enfermedad que les aquejaba.

Y este mismo remedio poderoso nos ofrece la Iglesia en nombre de Jesucristo para quedar purificados de una lepra mil veces más peligrosa, el pecado. Ella nos envía a los sacerdotes como a médicos de nuestras almas y nos manda que les manifestemos nuestra conciencia y nuestras enfermedades espirituales: *¡Id y presentáos a los sacerdotes!*

En la antigua ley, advierte San Juan Crisóstomo, no tenían los sacerdotes potestad para curar la lepra sino que tan sólo examinaban y juzgaban si en efecto estaba curada.

Unicamente, en la nueva ley y en el sacramento de la Penitencia tienen los ministros del Señor la autoridad del mismo Dios para desatar al pecador, para reconciliarle, para absolverle y para perdonarle todas sus culpas.

Mas ¡cosa extraña! muchos pecadores no quieren aprovecharse de este don de Dios y del sacramento más útil y saludable. En lugar de ser dóciles a los vivos llamamientos del buen Jesús, que a su desgracia les tiene

preparado tal recurso y les alarga los brazos para derramar sobre ellos sus bendiciones, porfían en alejarse de la vida y rehusan llegar al divino tribunal. Pudiendo hallar en una humilde confesión de sus dolencias, la más pronta y perfecta salud, como enfermos agitados por violento delirio y sin sentir sus males, huyen del remedio con tanto horror como debería ser su anhelo y solicitud para buscarlo.

No seamos nosotros del número de esos desgraciados. Dios nos ha abierto un camino seguro, corto y fácil para llegar a El. Sigámosle, volvamos, como la oveja descarriada a su rebaño, para entrar algún día en su reino.

LAS CAMPANAS

Yo las amo, yo las oigo,
cual oigo el rumor del viento,
el murmurar de la fuente,
o el balido del cordero.

Y en sus notas, que van prolongándose
por los llanos y los cerros,
hay algo de candoroso,
de apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en el aire y en cielo!
¡qué silencio en las iglesias!
¡qué extrañeza entre los muertos!

Rosalía de Castro.

El testamento del tío Bartolo

Cuento inspirado en un antiguo episodio anecdótico

¡Pobre hombre! ¡Qué preocupación la suya! Comía poco, cavilaba mucho, apenas dormía. ¿«Qué haré, señor, qué haré?» —se decía en el secreto de su pensar el bondadoso don Braulio.

Ni corto ni perezoso, sale un día del pueblo y, andando, andando, llegó cerca de un famoso monasterio, nada menos que de Padres Trapenses, de esos del consabido saludo según el vulgo necio: «Hermano, morir habemos—Ya lo sabemos». Iba a pasar de largo, mas se acordó de que allí vivía un amigo suyo entrañable y hombre muy lleno de letras divinas y humanas, el padre Agapito.

Llamar aquél al gran portón y aparecer éste, fué una repetición de aquella famosa escena:

- La hostelería del Laurel?
- En ella estáis, caballero.
- ¿Está en casa el hostelero?
- Estáis hablando con él.

Apenas se conocían. Pasaron años sin verse.

—Pero, hombre ¿qué es de tu vida? ¿qué te trae por aquí?

—El gusto de saludarte, querido.

—¿Nada más? Algo más será.

—Sí; voy a serte franco, como siempre lo fui. Venía a consultarte un *caso de conciencia*.

—Pues, siéntate y hablemos.

—Es mi caso que, como recordarás, tengo un hijo y una hija: que los dos están casados: que yo voy siendo viejo .. ya ves... algo más que tú, *tres duros y medio...*: que el hijo, y la hija, y la nuera, y el yerno, no saben qué hacerse conmigo, y raro es el día que no riñan entre sí, por si estoy, como y duermo más en la casa de los unos que en la de los otros.

—Bueno, bueno; al grano, al caso de conciencia.

—Yo, como sabes, tengo un capitalito nada despreciable, y la hija, y el yerno, y la nuera, y el hijo, me dicen, y yo creo que tie-

nen razón, que para qué he de cuidarme yo de la hacienda; que, si se la había de entregar después de muerto, se la entregue ahora, y que ellos me atenderán como lo hacen y lo pasaré como un rey.....

—Ya, ya voy entendiendo.

—¿Qué me aconsejas?

—Hombre... Voy a contarte una historieta de la que he sido testigo, y luego consulta ese tu caso con la almohada.

Había cerca de aquí, en un poblacho, un labrador rico, un capitalista con chaqueta de paño fuerte y pantalón de pana. Pues, señor, este labrador tenía dos hijos, también casados y con hijos de sus matrimonios, y todos, hijos, nueras, nietos y nietas, eran pocos para agasajar al abuelito. Ocurrió que el labrador repartió toda su hacienda, sin quedarse con un palmo de terreno, ni una casa, entre sus hijos, y desde aquel día empezó a notar cierta frialdad entre su familia.

—¡Qué perversos!

—Calla y escucha. Esa frialdad fué en aumento, y las caricias se trocaron en desprecios, y las palabras almibaradas en insultos, hasta el extremo de que el rico labrador tuvo alguna vez que dormir a la intemperie, sin que nadie se preocupase de preguntar por él.

—¡Pobre señor! se morirá de pena.

—Nada de eso. Hombre de *rompe y rasga* comprendió el mal paso que había dado y, después de meditarlo, puso en ejecución un plan que había concebido. Fuese en secreto a visitar otro labrador, también rico y muy amigo suyo, y le pidió que por unos días le prestase diez mil pesetas: en secreto llevólas a su casa y, un día, terminada la comida, encierrase en su habitación, abre con ruido un arca que en ella tenía, con ruido abre también los cajones de la mesa y, como con cuidado, empieza a contar y recontar encima de ésta el dinero, *escapándosele de entre las manos hasta el suelo* algunas onzas de oro.

Las nueras, los hijos y los nietos, a quienes no había llamado la atención la retirada del abuelo, ni de él se preocupaban, al oír el ruido corren presurosos de puntillas hasta la puerta, atisbando quién por la cerradura, quién por las rendijas del tabique.

—¡Miren con el abuelo! y decía que con nada se quedaba, y se quedó con tanto dinero, que sólo para contarle necesita horas enteras.

Cambió la decoración. Desde aquel día volvieron los mimorreos, y el abuelito tenía siempre a tiempo su comida, su ropa limpia, su café y hasta se cuidaban de que no le faltase el tabaco.

—Padre, le dijo un día una nuera que ya no pudo callar. Conque estaba usted contando dinero ¿eh?

—No.

—Sí, picarillo, que le vimos nosotros.

—Las mujeres sois terribles, y todo lo fisgáis y nada se os puede ocultar. Sí; tengo ahí en el arca unos miles de duros que he dejado en mi testamento para el hijo que mejor me trate. En el arca está también el testamento; pero dispongo que aquél que toque el arca para abrirla, hasta siete días después de mi sepultura, se quede sin la herencia.

A todo esto el arca cerrada, la llave en el seno y el ojo en el arca.

Llegó la muerte del tío Bartolo, que así se llamaba, se le dió sepultura, y se contaron con impaciencia los días, uno, dos... seis, siete... al final de los cuales, reunida la familia, se abrió el arca con grande alegría.

Pronto vieron el contenido. En ella no había más que una cuerda de cáñamo fuerte y de varios metros, y un papel escrito que decía:

Dejo en mi testamento esta cuerda para que ahorquen, del primer árbol que se encuentre, a todos aquellos que, necios, entreguen en vida el capital a sus hijos.

—Conque ya lo sabes, Braulio. Si quieres, mandaré por la cuerda.

—Hasta ahora, querido, y gracias por la historieta.

J. León:

Mártires y suicidas

¿Qué es el martirio? El valor de la muerte.

¿Qué es el suicidio? Miedo a la vida.

El primero es el espíritu esforzado que se adelanta a los peligros y desafía los tormentos.

El segundo es el corazón cobarde que huye de las tribulaciones de la vida.

Si el martirio es el valor supremo, el suicidio es la suprema cobardía.

El mártir sonríe al morir, el suicida tiembla al matarse.

Al martirio se va por el camino de todas las virtudes, al suicidio se llega por la pendiente de todos los vicios.

El ateo

Rico, robusto y al parecer dichoso, cansado de reír y de gozar, con acento soberbio y orgulloso:

—¡No hay Dios! le oí gritar.

Pálido, demacrado y harapiento de uno que fué su igual marchando en pos, le he escuchado decir con triste acento: ¡Una limosna por amor de Dios!

R.

Soberbia y humildad

Un labrador fué un día con su hijo a visitar los campos para ver si el trigo estaría pronto en disposición de segarse.

—Padre, exclamó el niño, ¿como es que algunas cañas estan tumbadas en tanto que otras se mantienen derechas? Sin duda que éstas deben ser las mejores y las que están caídas no serán ciertamente tan buenas.

Al punto, el labrador cogió dos espigas y contestó:

—Mira, hijo mío. Esta espiga que se inclinaba humildemente está llená de hermosos granos; la otra que se alza con orgullo está completamente vacía.

Grabad en vuestra conciencia esta lección de importancia: El orgullo es la ignorancia y la virtud es la ciencia.

¿Por qué los malos se unen?

Ojamos a San Agustín:

Los hombres malos apenas se pueden tolerar y, cuando parece que se quieren y se juntan, no es la amistad lo que los une sino la mala conciencia.

Guardan concordia para conspirar contra los buenos, no porque se amen, sino porque convienen en aborrecer a los que debían amar.



CULTOS

Los domingos se celebran Misas a las seis, siete, ocho, nueve (la parroquial), diez y once (la del Catecismo).

Durante la semana, las Misas se celebran a las seis y media, siete, siete y media, ocho y nueve.

Por la tarde, a las siete y media, se reza diariamente el santo Rosario, Estación al Santísimo y Meditación. Todos los viernes del año, excepción de los primeros viernes de mes, se hace el ejercicio del Via Crucis.

Desde el día 15 del corriente mes, los cultos de la tarde comenzarán, D. m., a las seis y media.

COADJUTOR DE SERVICIO

D. Pedro G. Ludeña, en la calle de Azacárraga, n.º 13-2.º

DESPACHO PARROQUIAL

En Jovellanos, n.º 6-2.º izquierda, teléfono 4067; de tres a seis de la tarde, en los días laborables, para el servicio del archivo y a cualquier hora del día o de la noche para la administración de los S. Sacramentos.

PROCLAMADOS

D. Segundo Soaz Taboada, hijo legítimo de don Manuel y doña Francisca, natural de San Martín de Vilelos, en Lugo, y vecino de San Juan el Real,

con D.^a Luzdivina Mercedes Fernández Alonso, hija legítima de don Pedro y doña Francisca, natural de Lavandera, en Santa Marina de León y vecina de esta parroquia.

MATRIMONIOS

Don Rufino Mayor Gómez, hijo de don Félix y doña Manuela, natural de Almeida de Sayago, en Zamora, y vecino de San Pedro de los Arcos, con doña Antonia Cangas Fernández, hija legítima de don Narciso y doña Carmen, natural y vecina de esta parroquia.

D. Virgilio Alonso Aza, hijo legítimo de don Adolfo y doña Nieves, natural de Udrión y vecino de San Isidoro, con doña Eugenia Bonche González, hija legítima de don Bartolomé y doña Prudencia, natural de Madrid y vecina de ésta.

BAUTIZADOS

Julio-Adolfo Suárez Delmás, hijo legítimo de don José y doña Andrea, del Postigo Bajo, n.º 3 y 5.

QUINARIO DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

El próximo viernes, día 13, dará comienzo el Quinario de la Impresión de las cinco llagas de San Francisco, con los mismos cultos de años anteriores.

«Para que la instrucción primaria sea verdaderamente buena y socialmente útil, ha de ser profundamente religiosa... De lo contrario, la escuela es un peligro social».

GUIZOT
(Protestante)